

MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA, RECTOR MAGNIFICO O LA TRADICION PROPULSORA

Por Jorge Patiño Linares

Debatíase Colombia al alborear el siglo en la pira de odios, idealismos, intereses, y zozobras de la última guerra civil declarada, y resonaba aún el eco de los clarines de Palonegro, cuando cierto mocito bogotano, harto despabilado para sus quince años, de cuna hidalga y formación tradicionalista y católica, malcontento tal vez con la quietud de las recién abiertas aulas Lasallistas, pero atraído en todo caso por el brillo y la gloria de las armas, y estimulado por el ansia moceril de las aventuras, se presentó como recluta a los cuarteles del Gobierno en la capital, decidido a tomar plaza de soldado. No valieron de momento para disuadirlo las admoniciones ni los halagos de los aterrados parientes, y los jefes de la guarnición optaron por incorporarlo a desgana, ya que en el blando y refinado ambiente de donde provenía no era el más a propósito para sacar del voluntario, sin tardanza, un combatiente que sobrelleva bien las rudezas de la milicia y los azares de las campañas. Para el muchacho, que tenía bien aprendido y entreveía que de la suerte de la guerra dependía en mucho la de la religión de sus mayores, participar en la contienda significaba algo así como marchar a la cruzada. Se le destinó a uno de los cuerpos acantonados en la plaza de San Agustín, y a servicios de poco riesgo. No larga fue su permanencia en la milicia, sin embargo; así que no alcanzó a participar en escaramuzas siquiera.

Iniciábase apenas en la vida castrense cuando se precipitó el complejismo y discutido golpe cuartelario, hechura de civiles como todos los que en Colombia han sido, aunque éste con notable preponderancia de las casacas —sobre las guerreras— del 31 de Julio de 1900. La unidad en que formaba el novel recluta, si es que no estaba ya comprometida de antemano, no demoró en tomar partido por los conjurados, y entonces el chico tuvo que ayudar a endomingados señores de sombrero de copa —Miguel Abadía Méndez, entre ellos— a mover con sus propias manos pesadas piezas de artillería, emplazándolas de suerte que pudieran emplearse contra el remiso y legitimista cuartel frontero o contra las unidades del cuerpo de policía, cuya decisión traía más que

inquietos a los directores del golpe; directores que, dicho sea en su elogio, dieron la cara y expusieron el bulto, y no se limitaron a disponer movimientos, cuyo riesgo recayera tan solo sobre las unidades de tropa, inocentonas e indeliberantes. Al cerrar la noche ya todo se había resuelto sin efusión de sangre y con fortuna para los conspiradores, y lo único que faltaba era dar con el paradero del Vicepresidente Marroquín, quien muy marrullero se había ocultado de todos para poder presentarse más tarde, pasado el peligro y ante los hechos cumplidos, como salvador y garante de la legalidad, a construir el nuevo gobierno. Conocido que fue el acordado gabinete, eligióse al imberbe recluta para ser ordenanza de uno de los nuevos Ministros, y este, que era un hombrón macizo, de estampa bronca y ceño adusto aunque pulido en sus modales y cultísimo, puso en sus manos recado de escribir un farol baratucho y velas de sebo, ordenándole que subiera a un destartelado coche de punto, en el que sigilosamente enrumbaron hacia el entonces muy apartado Chapinero. La mitad del camino llevarían recorrido, cuando el Ministro dispuso detener el carruaje y estacionarlo a un lado del solitario camellón. Allí pasaron varias horas mientras el personaje que era nadie menos que el doctor Carlos Martínez Silva, redactaba precipitadamente a la lumbre de un farol que sostenía el Ordenanza la que había de ser famosa "Circular a los Ministros Diplomáticos de Colombia", explicativa de la evolución política que acababa de consumarse.

De esto corrieron treinta años; con todo lo que en treinta años pudo suceder. Se trataba ahora de elegir ocupante para el sillón que había honrado Carlos Martínez Silva en la Academia Colombiana, vacante por la muerte del patricio desde Febrero de 1903. El soldadito del farol fue el escogido: era ya él lumbrera de la iglesia y de la patria, tan docto en letras humanas como en las divinas, según dictamen de don Antonio Gómez Restrepo, y acababa de suceder a Monseñor Rafael María Carrasquilla en la rectoría del Muy Ilustre Real y Mayor Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que también había servido antes, breve pero decisivamente, el doctor Martínez Silva. No era otro que Monseñor José Vicente Castro Silva; el mismo ilustre varón que agobiado más que por los años por la sabiduría, la virtud, el patriotismo y la grandeza, acaba de fallecer, para dolor acerbo de la familia Rosarista y consternación de todo el país, para ir a recibir del Padre de las luces, la gloria de quienes, como dijo San Pablo, pelearon la buena batalla y guardaron la fe, en lid a la que supo dar elegancia y lucimiento insuperables, Gloria que ya, por lustros, venía iluminándolo como el vislumbre de la que es eternal.

Enraiza el ancestro de este acabado humanista —que tanto como ahora hubiese brillado en los días del renacimiento— en las breñas de Santander; y por la sangre materna debió de llegarle el milagroso elixir que encendió la lucidez de su mente, que fue en él a la par piélagos y quilla, fuerza y donaire, faro y abismo, frescura y combustión, tersura y borrasca. No es disparatado pensar que algún remoto cromosoma secretó la esencia que por ramas diversas de un tronco común hizo eclosión en José Asunción Silva como delicadeza, elegancia y sensibilidad

refinadísima; apuntó en la elación mística y en el apostolado del jesuita Silva Baños, y se manifestó en el adalid a quien Monseñor sirvió una noche de Ordenanza, como hondura, extensión y solidez de pensamiento, y como reciedumbre e integridad en el criterio.

Indagar en qué consistió su grandeza, sería plantear inadecuadamente el análisis de su obra: mejor convendría ver en qué no descolló y cuándo y en qué aspecto fue su obra menos sobresaliente y fecunda. Verlo, tratarlo, oírlo era bastante para que la admiración enseñoreara al observador: tal era el fascinante y caleidoscópico espectáculo de su inteligencia. Teólogo, jurista, académico, esteta, filósofo, consumado orador, canonista, asceta, pedagogo, lingüista, polígrafo, maestro, en suma, de virtudes, de ciencia y de elegancia. Ora en el púlpito, ya en el estado de las corporaciones doctas, lo mismo en las conversaciones de tono menor que en sus inolvidables exposiciones de catedrático —durante los cuales desdeñaba la cátedra para hacerse peripatético— surtían su voz, su mirada y su ademán irisados chorros de convicción y sapiencia.

Tanto llegó a encumbrarse que no parece simple coincidencia el que su desaparición ocurriera en el día que también quebró los remos siderales el primero de los astronautas.

Señor en todo, y por supuesto, de sí mismo; con un alma renacentista y un agudizado sentido de la estética, cuyos cánones no le reservaron secreto; no hallaba sosiego en lo mediano y buscó en todo la superación, persiguiendo la plenitud consumada de los arquetipos. Formado y educado en centros de la más alta civilización, adoptó el equilibrio y la proporción como pautas de su vivir, y por eso le fue dado hacer de su existencia una auténtica obra de arte. Severo en la doctrina, jamás se desvió de ella; ni se le pudo señalar de heterodoxo ni mereció reparo de gazmoño.

Su innata exquisitez lo libró de muchas de nuestras comunes dolencias, y la elegancia espiritual, apartándolo de los criterios de secta, la preservó de fundirse entre la masa y del llamado espíritu de cuerpo. Férvido en todo, mucha debió de ser su disciplina para señorearse y alcanzar el ritmo de la contención y la maestría de la medida. Gustaba de cernirse sobre los hombres y las cosas desde lo alto, aunque sin tomarlos de sesgo. Doctísimo teólogo, a quien la receptividad y la comprensión de lo moderno jamás desvertebró al escolástico, nunca se deslizó al dogmatismo, sin que por ello transigiera con el error. Eclesiástico de ardentísima fe, a sido siempre del innoble acantilado de Pedro, esmerábase en estrechar su comunión con el Vicario del Vaticano, sumiso y dócil a las indicaciones del infalible cayado; sin incurrir en descarríos, exageraciones, ni veleidades, ni dar de lado los deberes de sus augustos ministerio y prelación. Alumno constante de la sabiduría y conocedor como pocos de las ciencias y las letras profanas, tampoco se le pudo señalar de pecado ni como incurso en indebida profanidad.

Mente lúcida, abierta y aireada la suya, de esturación clásica y solidísima, podía darse el lujo de no acobardarse delante de conceptos o tendencias, antagónicas de su credo y de sus convicciones innobles. Por

ello, tontamente, lo reputaron tibio, inconsistente y diletante quienes ignoran que el vigor de las ideas como el de las ramas crece y se afirma con las rachas, y que si se esquivan aún los airecillos de ventolina no se podrá hacer frente con desembarazo y buen suceso al empuje de las concepciones enemigas cuando cierren como deshecha borrasca. Error análogo padecieron los que —emplazados en cualquier extremo del campo— juzgan que la tradición es estancamiento y anquilosis sin reparar en la función dinámica que le es esencial, y sospechaban y murmuraban que Monseñor la combatía y desamaba. Nadie, sin embargo, más respetuoso ni apegado a ella, ni la entendió y sirvió mejor, ni fue más conscientemente sumiso a los ordenamientos de la razón y la justicia, o a los dictámenes de la experiencia. Aristo por talento, por formación y por sangre, disponía de un acendrado sentido del deber y era un apasionado del “deber ser”; lejos de contrariarle las jerarquías le eran dilectas, y encuadraba hombres, conceptos y valores con genuino criterio de aristocracia. Afincado sólidamente en lo que la tradición es de veras, no le podía faltar valor para remover lo inútil y deshacerse de lo que por estar superado se convierte en impedimenta estorbosa, bien que sin desestimar lo que en su tiempo y hora (pese a estar ya caduco) constituyó aportación de provecho; lo mismo que para franquear las puertas de lo nuevo, acogiendo y asimilando lo que entrañara mérito, como prescindiendo sin vacilación ni tardanza de lo insustancial y novicio, por moderno que luciese; con lo cual no solo vigorizaba lo tradicional sino que sabiamente lo hermozeaba y nutría, haciéndolo más atrayente y fecundo. Recuerdo aún el alborozo con que saludó la exaltación al pontificado supremo del sabio y prudentísimo Pacelli (a quien tanto se parecía aún en lo físico —raza de “veltros”—) porque habiéndolo tratado de cerca veía en él un trasunto de sus pensamientos y el estilo y manera que mejor concordaba con su temperamento y tendencias. Comprendió la honda significación de poner el vino viejo en odres nuevos, y pudo demostrar que el lema del escudo del Claustro que rigió no es frase vana, estereotipada por la heráldica, sino fecundísimo programa de audacia e intrepidez para cuanto signifique real adelantamiento: “Nova et Vetera”.

Pudo por eso ser simultáneamente insuperable catedrático de metafísica y sociología y destrancar puertas herrumbrosas —que gimieron con estridor de sus goznes— para ventilar lo que se tendía a enmohecer. Fue así como sosteniendo a Juan Manuel Arrubla vigorizó en el Alma Mater la enseñanza de la gramática de Bello, y no vaciló en prescindir de todo un Luis María Mora para que pudiera ser Rafael Maya el preceptista de literatura: en el revolucionario de entonces entrevió certamente Castro Silva al clásico de hoy. Y mostró como podía convivir en solícita fraternidad el clasicismo escueto de Víctor E. Caro con la poética evenescente y novedosa de un Eduardo Carranza.

Para despecho de muchos avanzados y recelosa consternación de no pocos, fue por la Facultad de Jurisprudencia del Rosario por donde comenzaron a abrirse paso en el país las modernas tendencias del Derecho, de manera que cuando la innovadora Corte Suprema de 1936 varió el curso de las doctrinas consabidas, antes que con asombro se

recibió con entusiasmo la mudanza por las últimas promociones rosaristas. Con ser las disciplinas jurídicas las que reconocen un influjo más hondo de principios seculares y de los precedentes, por su misma naturaleza se resisten a la contención y a la parálisis. Pero a ellas la tradición, además de sillar incommovible es el eje y soporte de la dinámica institucional, como que no son las leyes concreciones insuperables sino hitos en el progresivo desarrollo de su perfeccionamiento. Fue Castro Silva quien familiarizó a los colombianos con Del Vecchio; mas como el mero aliento de la modernidad no puede avasallar lo que en justicia y en filosofía es inmutable, guardóse de ceder al empuje revolucionario, que suele destruir bastante más de lo que crea, subvertir y aniquilar el criterio del bien común y que frecuentemente mutila la cultura y detiene su desarrollo. Y lo mismo en derecho que en letras o en filosofía a través de Monseñor Castro Silva los estudiantes del Colegio del Rosario pudieron adelantarse en el pensamiento de Kant, entender y valorar a Comte y comprender a Bergson; conocieron a Marx, sin que se inficcianaran del marxismo, y estudiaron a Ferri (que hacia 1930 era lo novedoso, lo cientifista y lo moderno) sin rendirse al positivismo, que hoy, probado ya y hallado falto, resulta ideología marchita y enteca, superada por concepciones más científicas, que no por más modernas reniegan de las que los sirvieron de fuente, contra las que combatió la "Scuola Positiva" por estimarlas anticuadas. Habiendo sido como fue Carlos Lozano tan eminente rosarista no se le confió la enseñanza del Derecho Penal, que se mantuvo encomendada, por principio, a clásicos tan calificados como Luis Rueda Concha o José Antonio Montalvo. Demostró así el gran Rector una vez más, que bien entendida, la tradición es fuerza propulsora y cauce del progreso, al paso de las innovaciones desalentadas de lo revolucionario primitivizan y retrogradan.

Como suele acontecer en los espíritus en que anda la grandeza (y solo Dios es grande), tuvo Monseñor Castro Silva la nítida conciencia de su mérito y una lúcida comprensión de la responsabilidad que le aparejaba su valer. Fue por ello celoso en el mantenimiento y guarda de sus dignidades, en lo personal y en lo religioso, sin admitir demasías ni permitirse licencias que implicasen desdoro o estropeo, ni incurrir tampoco en vanidad o fatuo engreimiento; antes bien sintiéndose comprometido a mantener el sitio en que la Providencia lo puso, a rendir cuanto cabía esperarse de él y a no ser inferior a los dones de que se vio colmado cuando sus disciplinas hicieron fructificar las extraordinarias disposiciones naturales y a no mezquinar lo que en calidad y perfecciones podía ofrecer en sus escritos, en sus cátedras, en sus sermones y discursos. Guardándose de incurrir en la flaqueza de quienes no aciertan a practicar lo que predicán, no limitó a las homilias la explicación de la Parábola de los talentos y atemperó el ejercicio de sus facultades carismáticas al profundo contenido ético del apólogo divino. Y no como algunos lo pensaron, desalumbrados o envidiosos en prosecución de vano y perecedero prestigio, ni por prurito de sobresalir, más por sosegar su sensibilísima conciencia con la cumplida satisfacción del deber.

Vivió, sintió, pensó y enseñó con la humildad postrada del cristiano y con la modestia del filósofo, consciente, eso sí, como Pascal, de que no era apenas humana pequeñez sino también infinitud.

Estricto, aunque no adusto, no airaba el ceño delante de los descarrios de la incipencia; antes gustaba de sumergirlos cuando con él rozaban bajo la honda de su longanimidad, que hacía fluir no menos copiosa que la que surtía de su palabra y de su voluntad para aplacar, en quienes la padecían de veras la sed de justicia y el hambre de la perfección.

Como no fue tampoco hierática esquivéz su señora singularidad. Torre de márfil y harto encumbrada fue ciertamente su habitáculo, que no perturbaba el bullicio del "mundanal ruido" ni era poderoso a conmover el tropel de los trajinantes; pero quiso que las puertas de su empinada torre se mantuviesen francas, libres de embarazo las espaciosas escaleras, y tendido de continuo el puente levadizo, que antes que para el aislamiento servía de acceso, vínculo y comunicación para quienes deseaban trasponerlo. No era su culpa que la zafiedad lo esquivara y que la ordinariéz se retrajera de cruzarlo. Cuán cordial era por humilde que fuese; y era de ver la cortesía y la solicitud con que el grande hombre trataba de acomodarse al grado de cultura del visitante, sin desdeñar sus inquietudes por menudas que fueran, ni resistirse a descender muchos escalones para ponerse a tono con las capacidades de quien deseaba nutrirse de su conversación y enseñanza. Era frecuente verlo recorrer y repasar los anchos corredores para explicar un punto, disipar una incertidumbre, resolver una consulta o fijar una pauta a su interlocutor, que lo mismo podía ser ilustre y docto (académicos y Ministros de Dios y del Estado eran frecuentes) que tímido estudiante de primeros años o literato novel.

Remiso, por exquisito, a cuanto significase popularidad, más bien se mostró esquivo a las ocasiones de lucimiento y jamás se prodigó. Declinó por eso las instancias del Presidente Olaya para que se encargara del Ministerio de Educación; y por eso también hay muchas gentes que desconocen todavía la identidad del escritor que afamó las líneas de Louis Carsat y Luis Soracta, que ganaron prestigio aun fuera de Colombia y que inclusive se atribuyeron a individualidades distintas, sin descubrir que se trataba simplemente de anagramáticos seudónimos tras los que Monseñor gustaba recatarse, velando la densidad y la agudeza de su sentido crítico, particularmente en materias estrictamente literarias y la brillantez y la amplitud de su ilustración.

Solo que la grandeza, justamente por serlo, no cabe holgada en todos los ámbitos, y cuando concurre manifiesta en varios la estrechura y hace las fricciones inevitables. Comprenderá así ciertas actitudes de Monseñor y las de algunos de sus eminentes contemporáneos. Más fácilmente comprensibles las de otros, alimentadas por la contraposición ideológica o la disparidad de tendencias; y explicabilísimas, desde luego, las más, por dimanar de la caterva maldiciente y malpensante de los que, hinchados de presunción, se contristan y se ven disminuidos por la superioridad ajena, que sin su culpa y, en ocasiones, muy a su pesar los lastima.

Cuando se haya aplicado el sobrecogimiento que suscita su desaparición se irá diciendo por los doctos cuánto valía y cuánto hizo en cada uno de los ramos de su saber y de su obrar. No es la congoja lo que presta más lucidez al juicio ni la urgencia favorece la enjundiosidad. Harán otros el elogio del patriota que ofició tantas veces ante el ara de la República e irán contando su amor por los descubridores, sus mártires y sus héroes, y sobre todo por el Libertador, cuyas tristezas analizó, patético; o del infortunado Sucre, delante de cuya tumba aderezó una meditación inolvidable. Y juzgarán lo que fue el letrado y el prosista y el académico que se atrevió a poner celebrados Prólogo y Epílogo al Quijote; el humanista que se adelantó en las reconditeces de Erasmo, se solazó regustando las excelencias de Dante, las hieles de Leopardi, la equilibrada serenidad de Manzoni y las ambrosías de San Luis; el educador que sin atenerse a los dictámenes de los especialistas foráneos no desdeñó complementarlos con las experiencias vernáculas de un Dámaso Zapata; o el sacerdote que mereció y acrecentó por su virtud y su ciencia las dignidades prelaticias. Anticiparé yo solamente unos apresurados esbozos de lo que significó su Rectoría en el Colegio del Rosario.

Repitiendo y aún acentuando lo que había ocurrido ya con el majestuoso Carrasquilla, llegó a compenetrarse de tal modo con el trisecular instituto que bastaba el recuerdo de sus claustros para que espontáneamente saltase a la memoria la fina y atilda figura del Rector o evocar el nombre de éste, para que al punto se insinuaran en el fondo y cobraran volumen las acendradas tradiciones; ya las pinacotecas rectorales o el Aula Mayor; ora las primorosas y devotas sedas de "La Bordadita" descoloridas por el discurrir de tantos años y de tantas plegarias; ya el embrujo de las arcadas, a cuya sombra se percibe la palpitación de lo perenne, que fluye torrentoso de los mármoles que decoran los muros con sus venerables epígrafes.

Obró sin duda la iluminación de lo alto en quienes atinaron de tal modo en la elección de quién debía reemplazar a Carrasquilla, cuya desaparición después de cuarenta años de grandioso magisterio dejó un vacío que, no sin razón, se reputaba incolmable. Arduo era el cometido de quienes tenían a su cargo la designación, no menos conturbador y grave que el que embaraza a los colegiales de hoy. Los que entonces, que para hallarlo debieron tender la vista más allá del océano, ignoraban que ocho lustros atrás, a poco de que el Bossuet colombiano vistiese la beca rectoral, vino en su busca al claustro un caballero que deseaba enseñárselo a su hijo, casi un párvulo —como David cuando lo ungió Samuel por disposición de Yaveh—, a quien llevaba de la mano. Tras inquirir por el grande hombre por oficinas, aulas y corredores, al fin dieron con él cuando, viniendo de orar, ganaba el patio por la estrecha puerta de la capilla. El sabio educador vertió toda su afectuosa mansedumbre sobre el niño, al que acarició repetidamente los cabellos y le dijo, quizá por mera broma y sin entrever el porvenir, que si era bueno y estudioso llegaría alguna vez a ser como él, Rector del Gran Colegio. El vaticinio se cumplió puntualmente en el egregio sacerdote, cuyo deceso deploramos los rosaristas todos y tienen por

aciago todos cuantos aman la cultura y la patria. Más de una vez se escuchó referir a Monseñor Castro Silva esta asombrosa anécdota cargada de mesianismo y profecía.

Castro Silva, pues, como su antecesor personificó el Colegio del Rosario, cuya docencia, ya desde los días del centenario de la independencia, desborda de los claustros y se derrama y trasciende por los campos todos de la cultura nacional. Reviviendo de continuo el enérgico y teologal espíritu del Arzobispo fundador, mantuvo y alentó casi también por cuarenta años el castizo y sagrado depósito, con pujanza proporcionada a los anhelos del teólogo burgalés, logrando mantenerlo en el sitio más encumbrado y prestigioso de la educación colombiana. Deja el magnífico Rector esculpido su nombre en los anales del Instituto al lado del de Mutis, de Torres, de Caldas y de Caicedo y Flórez, porque imprimió una huella no menos honda que la de su inmediato antecesor.

Si de éste se ha dicho con acierto que disputa a Masústegui el dictado de segundo fundador, y si la obra de Martínez Silva empareja con la de Caldas, Barbosa tuvo auténticos restauradores que fueron de la Ilustre Alma Mater, con no menor justicia corresponde a Monseñor Castro Silva el epíteto de Redivivo Fray Cristóbal, así por la altura de su pensamiento, la ilustración pasmosa en todas las ramas del saber, su condición de orador consumado —predicador de majestades—, la dignidad sacerdotal y la excelente posición eclesiástica; cuando por su dedicación a forjar hombres de pro, "ilustradores de la República", por el empeño de asegurar para ésta tiempos más diáfanos y prósperos, por el denuedo renovador con que mantuvo el Colegio en la Primera línea del progreso científico y finalmente, sobre todo, por la habilidad y la energía que le fue menester poner en juego para preservar la autonomía del Instituto, que, sin que muchos lo supieran, vióse alguna vez bajo su Rectoría severamente amenazada. En todo ello, ciertamente, podrá reconocerse paralelo, pero no ventaja de antecesor alguno. Al impulsar vigorosamente grandes renovaciones fue recreado su Colegio, por así decirlo, cada día. Lo embelleció y lo revisió con la dignidad y decoro que hoy nos muestra. Canalizó dentro de los antiguos moldes la impetuosa corriente de lo moderno, que saludó siempre con mente y corazón abiertos, apresurándola en veces con lúcida previsión e intrepidez admirables, sin que por ello desbordara de los cauces de la más estricta ortodoxia.

Fácilmente se explica el profundo sacudimiento provocado por la muerte de un hombre que, como él mismo lo dijo de Bolívar, significó un alarde del Divino Poder. Acaso lo que sinteticé mejor su luminoso discurrir por la tierra es la frase que a Monseñor se escapó un día mientras improvisaba en la cátedra sobre la figura de Goethe, frase que luego se hizo grabar en mármol como homenaje del Colegio del Rosario al "Divino Poeta" con ocasión de su centenario: "Reflejó en su vida y trasladó a sus obras la plenitud del universo".

Un alud de alabanzas sepulta ya la montaña de flores que cubrió la losa de su sepulcro, que no podía quedar sino bajo los inefables ojos

de "La Bordadita", junto a los de Fray Cristóbal de Torres y de Rafael María Carrasquilla y no cesará de hacer de él frecuentísima memoria en el decurso de las generaciones.

Pero ni la admiración que suscita su nombre, ni la gratitud de sus incontables alumnos, será bastante para colmar la oquedad de su ausencia, que es la que nos está dando la medida de lo que fue. Solo cabe desear de que el "Rector Magníficus", último de los grandes renacentistas de nuestro tiempo, dijo en ocasión memorable, en hora de honda conturbación de la Iglesia y de la Patria, para clausurar la oración fúnebre con que recibió las desterradas cenizas del Arzobispo Mosquera:

"¿Qué comience ahora la dominación de su ejemplo!"



JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Por **Alfredo Vázquez Carrizosa**
Director de "La República"

Entre los colombianos ilustres de los últimos tiempos que han descollado por su saber, su elocuencia y su patriotismo, estaba Monseñor José Vicente Castro Silva, dignísimo Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. El ilustrado sacerdote regentaba el histórico plantel desde la muerte de su eminente antecesor, Monseñor Rafael María Carrasquilla, y ocupaba la más destacada posición en la Iglesia colombiana y en las letras.

Varón eminentísimo fue Castro Silva. Quienes tuvimos la suerte de escuchar sus lecciones pudimos admirar la fácil dicción, la elocuencia, el dominio admirable de la filosofía aristotélica y tomista que explicaba como el mejor de los maestros. Aquellas lecciones le permitían administrar la docencia en una verdadera cátedra de sabiduría y continuar la tradición de Rafael María Carrasquilla, profesor inigualado y director de conciencia de generaciones que derivaron su formación cristiana, su educación y vocación para el derecho, de las horas de clase del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Hermosa tradición la de ese plantel que vio el despertar de la república civil, en cuyas aulas dialogaban José Celestino Mutis, el gaditano, profesor de ciencias y los jóvenes estudiantes de la que sería, en pocos años, al terminar el Siglo XVIII, una generación prócer. Los Camachos, Zeas, Nariños, Lozanos, Restrepo y Caldas eran discípulos de un maestro español que rompía las tinieblas de la ignorancia y le infundía el amor del cultivo de las ciencias a los mozos que por ese camino debían descubrir la libertad y los derechos del hombre y del ciudadano, al propio tiempo que la riqueza y feracidad de nuestro suelo, la variedad de nuestros climas, la altura de nuestras montañas y la posición astronómica de nuestras mesetas.

El Colegio Mayor del Rosario, como el de San Bartolomé, fueron dos hervideros de ideas nuevas, cunas de la independencia nacional. No pocos acontecimientos políticos tendrán su origen en esas aulas. En aquel claustro de Fray Cristóbal de Torres, o en el patio de San Bartolomé, a la sombra de la cúpula